

I Jornadas internacionales de investigación y debate político Buenos Aires 30/10, al 1/11, Facultad de Filosofía y Letras

Título: El uso del concepto capital monopolista. Crítica del marxismo liberal

Autor: Juan Kornblihtt

Pertenencia institucional: IIGG-FSOC (UBA) y CEICS. Becario doctoral CONICET

I. El problema

El debate en torno al monopolio marca dos líneas dentro del marxismo. Encontramos una tradición dominante para la cual el desarrollo del capital se divide en dos grandes etapas. La primera, correspondiente a la estudiada por Marx, estaría caracterizada por la libre competencia. La segunda sería la fase del imperialismo y del capital monopolístico. La principal característica de la etapa monopolista sería la regulación de los precios por parte de los monopolios, lo que en cierta medida pondría fin a la competencia en términos económicos. Así, la disputa entre capitales ya no sería por la reducción del precio mediante el desarrollo de las fuerzas productivas, sino una lucha por el control de mercados. Esta posición llega a su máxima teorización a partir de la obra de Baran y Sweezy, en particular con su libro *El Capital Monopolista*¹. Pero aunque se ha convertido casi en lugar común dentro de la izquierda señalar a los monopolios como los principales responsables de los males del capitalismo, existe una extensa corriente de críticos a la idea de que el capitalismo se encuentra en una etapa regulada por el capital monopolista.

La polémica tiene extensión internacional aunque casi no ha sido tenido en cuenta en el estudio de la historia argentina. La idea de la existencia de una etapa dominada por el capital monopolista es aceptada por casi toda la izquierda dándolo por cierto y realizando muy poco esfuerzo por comprobarlo. Los numerosos trabajos históricos, escritos tanto desde el marxismo como desde otras teorías con intenciones críticas o izquierdistas (dependentismo y en menor medida desarrollismo), señalan la presencia temprana de una dinámica regida por los monopolios extranjeros sin aportar datos empíricos. En esta ponencia analizaremos el debate internacional, en nuestro libro *Crítica del marxismo liberal* analizaremos en detalle cómo fue aplicado este modelo para la Argentina.

II. La competencia como caótico articulador de la sociedad

¹Baran, Paul y Sweezy, Paul.: *El capital monopolista*, Siglo XXI editores, Buenos Aires., 1969.

En contraposición con la visión liberal, Marx no consideraba a la competencia como un regulador democrático y eficaz. Sin embargo, coincidía en darle un carácter fundamental en la organización de la sociedad contemporánea. Lo específico del capitalismo en relación a los modos de producción previos es que las relaciones sociales de producción dejan de ser relaciones de sujeción personal directas y pasan a ser relaciones mercantiles indirectas. Cada individuo se comporta como productor independiente de mercancías. Para que esto ocurra es necesaria la llamada acumulación originaria, por la cual se separa a los productores directos de sus medios de producción. El obrero es a su vez liberado de sus medios de vida y del dominio personal por parte del Señor feudal. Esta doble libertad es la que le permite al capital comprarle su única mercancía: la fuerza de trabajo. Mercancía capaz de agregar más valor que el contenido en la maquinaria y las materias primas. Así se constituyen las clases fundamentales del capitalismo: burguesía y proletariado. De esta manera, surge la particular forma de apropiación del excedente que sostiene a la clase dominante: la plusvalía. La explotación, bajo el capitalismo, no se da por la fuerza extraeconómica, sino por la acción voluntaria de los individuos que compran y venden mercancías.

El capitalismo aparece así como un “enorme cúmulo de mercancías”. Por esa misma razón, la explotación no termina su ciclo en la compra de la fuerza de trabajo, ni tampoco en la esfera de la producción. La plusvalía producida por la clase obrera no es apropiada en forma directa por los patrones. Estos están obligados primero a vender sus mercancías. Para hacerlo deben ofrecer una mercancía a menor precio que su rival. Esta dinámica, permite al empresario obtener una proporción de ingreso por sobre el capital invertido mayor que sus rivales. Es decir una ganancia extraordinaria. Pero ese plus no puede ser eterno ya que sus competidores, al ver que su rival obtiene una tasa de ganancia mayor que la suya, invertirán sus capitales en esa rama o aumentarán su productividad. El resultado es una progresiva igualación de la tasa de ganancia. Este ciclo volverá a repetirse cuando un capital vuelva a lograr aumentar la productividad y abaratar sus costos y obtener una ganancia mayor. La plusvalía se constituye así en la masa total de riqueza nueva producida por la sociedad, pero su reparto adopta formas particulares dadas por la competencia. Los más productivos se apropian de una porción mayor, mientras los menos productivos ceden una parte.

La competencia, entonces, no presupone la existencia de capitales iguales (o infinitesimales como sostiene la teoría de la competencia perfecta), sino una permanente diferenciación entre aquellos que alcanzan una ganancia extraordinaria y capitales que los corren desde atrás. A la vez, tampoco significa que el precio esté dado o sea externo a los

capitales (como también presupone la teoría del equilibrio general y la figura del subastador walrasiano), sino que los capitales más productivos son los que ponen los precios, lo suficientemente altos para obtener una ganancia extraordinaria, lo suficientemente bajos como para desplazar a sus competidores.²

Esta dinámica impulsa en forma permanente el aumento de la productividad, pero a la vez provoca que aquellos capitales que no logren alcanzar esa ganancia media se fundan. El resultado es una progresiva concentración (aumento de la escala del capital individual) y centralización del capital (cada vez más capital en menos manos). Este proceso es el que explica la búsqueda permanente de innovación por parte de los capitalistas. Pero así como explica el desarrollo, permite comprender las contradicciones fundamentales del sistema capitalista. El primer problema que aparece es la imposibilidad de planificar la producción. El mercado es anárquico, lo que implica que sólo se sabe si lo producido podrá ser vendido y en qué cantidad una vez que eso efectivamente ocurra. Esto lleva a un exceso de producción permanente. La siguiente contradicción es aún más profunda. La permanente búsqueda de aumentar la ganancia, como señalamos, obliga a aumentar la productividad.

El capitalista buscará hacerlo por la vía de intensificar el trabajo o la jornada laboral, como una forma de obtener una mayor plusvalía de sus obreros. Esto implicará, a su vez, un aumento de las unidades producidas, cada una con un menor costo laboral. Aquí ya se nos aparece un primer determinante del aumento de la productividad. Sin embargo, este incremento vía suba de la tasa de explotación tiene un límite en la capacidad física del obrero y en su enfrentamiento político gremial, por ejemplo mediante la regulación de la jornada de trabajo. Una alternativa para el capital es reducir el valor de la fuerza de trabajo. Aunque esto puede realizarse mediante la baja salarial, esta práctica a su vez tiene el límite de la reproducción fisiológica del trabajador y, una vez más, la acción político gremial. Frente a esta situación, lo que se le aparece como posibilidad al capitalista es intensificar el tiempo de trabajo por medio de la introducción de nuevas maquinarias, es decir una innovación en el proceso mismo de producción. Esta incorporación de maquinaria tendrá como límite específico el hecho de que no se realizará en función de reemplazar al trabajo en general, sino siempre y cuando el trabajo muerto que se adicione sea menor al trabajo vivo pago que se ahorra. El resultado inmediato de esta innovación en proceso no es un aumento de la plusvalía relativa. Ésta sólo crecerá cuando el aumento de la productividad

²Por supuesto, estamos realizando una apretada síntesis del proceso de transformación de valores en precios de producción y luego en precios de mercado, descrito por Marx en el Tomo III de *El Capital*. Explicación que ha dado lugar a un extenso debate. No es nuestro objetivo detenernos aquí, sino destacar que en la descripción de Marx (aplicable, por los defensores de una etapa monopolista, sólo hasta principios de Siglo XX) no existe igualdad entre capitales ni un precio automático en abstracción de éstos.

se realice en la cadena de procesos dedicados a la producción de mercancías que entran en el valor del salario y esto a su vez provoque el abaratamiento de la fuerza de trabajo.

Por supuesto, el capitalista no hace estas tareas con plena conciencia de que su acción individual en algún momento implicará una reducción del salario por la vía de abaratar su valor. Es únicamente preocupado por aumentar su ganancia que el capitalista busca un incremento de su productividad. Pero como dijimos, el proceso no termina dentro de la fábrica sino en el mercado. A cada uno de estos pasos se produce un aumento de la producción que el capitalista buscará vender a expensas de sus competidores, por lo cual se verá obligado a bajar el precio. Pero gracias al hecho de haber aumentado su productividad, éste hará no sólo bajar el precio sino que podrá obtener una ganancia extraordinaria durante el tiempo en que el resto de los competidores no alcancen su productividad ya que podrá reducir su precio por debajo del precio de producción de mercado pero por encima del propio.

El resultado es la mecanización creciente de la producción y una disminución de la proporción de capital variable (fuerza de trabajo) en relación al capital constante (capital fijo, maquinaria y capital circulante, insumos). Este proceso, conocido como “aumento de la composición orgánica del capital”, lleva a una reducción de la fuente de plusvalía y, por lo tanto, a una tendencia a la caída de la tasa de ganancia. Esta combinación entre caída de la tasa de ganancia e incapacidad de controlar la producción trae como resultado crisis cíclicas de cada vez mayor envergadura.³

En definitiva, para Marx, la dinámica de la competencia atraviesa al conjunto de la reproducción del sistema capitalista, y por lo tanto es la clave de su propia superación. Por un lado, el desarrollo de la concentración y centralización de capital impulsa el desarrollo de las fuerzas productivas y además organiza en forma cada vez más socializada la producción (aunque restringiéndolo al interior de cada capital). Por el otro, es la causante de las crisis y de la debilidad de la burguesía en ciertos momentos históricos. Esta doble dinámica es la que le da fuerza estructural a la clase obrera: es a la vez sujeto de una producción cada vez más socializada y tiene la fuerza para aprovechar las contradicciones de la burguesía para disputarle el poder.

III. Concentración y centralización: ¿el fin de la competencia?

Aunque la tendencia general de la acumulación de capital es hacia la disminución del número de capitales e incluso Marx esboza la tendencia hacia la centralización absoluta del

³Shaikh, Anwar: *Valor, acumulación y crisis*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2006.

capital social, el análisis del monopolio como forma de mercado que permita fijar precios en forma permanente por encima del precio de producción, es analizado sólo como un caso particular: en la producción de mercancías de origen natural, bajo condiciones no reproducibles. Es decir, el problema de la transformación de la ganancia extraordinaria en renta absoluta y diferencial.⁴ El terrateniente posee, efectivamente, un monopolio porque se trata de un bien no reproducible. Al existir una diferencia en la calidad de las tierras puestas en producción, aquel terrateniente que tenga una mejor recibirá más por el alquiler. Porque como las condiciones no son reproducibles, los capitales aplicados a la tierra más productiva, aunque su precio de producción individual sea menor, venderán al fijado por el que opera en la peor tierra. Surgirá así una ganancia extraordinaria. Sin embargo, dicho ingreso no quedará en manos de los capitalistas agrarios. Como consecuencia de la competencia entre ellos pagarán arrendamientos más caros cuanto mejor sea la tierra. Así, toda ganancia extraordinaria en el agro o la minería (sea resultado de las propiedades de la tierra, sea resultado de la aplicación de tecnología con mayor productividad) irá a parar, entonces, a manos del terrateniente. La ganancia extraordinaria se convertirá en renta.

Aún en el análisis de un caso de monopolio concreto, Marx no plantea el fin de la competencia o una transformación cualitativa en la dinámica del capitalismo. Por el contrario, es la competencia entre capitalistas agrarios lo que permite valorizar la tierra y a quien posee una tierra mejor obtener una renta, no sólo absoluta sino diferencial en relación a quienes poseen una tierra menos productiva. Es decir, el monopolio aparece como un elemento particular en donde la competencia sigue siendo el mecanismo fundamental de regulación social.

Por el contrario, los neoclásicos piensan los monopolios en forma contrapuesta a la competencia, como una distorsión provocada en forma externa. La economía neoclásica o *mainstream* tiene como punto de partida el individualismo metodológico. Cada actor es igual y debe recibir una retribución acorde al factor que representa. El mercado, según su concepción, está compuesto por agentes infinitesimales incapaces de influir unos sobre otros. En particular, en la fijación de precios. Estos lejos de ser fijados por cada actor, deben estar “dados”. El presupuesto para alcanzar el equilibrio es que los competidores deben ser incapaces de determinar los precios a su voluntad. El mecanismo regulador debe ser la oferta y la demanda y, en definitiva, lo que fija el precio es lo que cada uno está dispuesto a resignar en pos de un beneficio. En sus propios términos, el equilibrio se alcanza en el punto en el que se igualan las utilidades marginales entre oferentes y ofertantes. Ante este funcionamiento perfecto, toda problemática económica es

⁴Marx, Karl: *El capital*, T. III, vol. 8, Siglo XXI Editores, México, 2000.

caracterizada como producto de una externalidad que puede estar dada por los monopolios, por fallas de mercado o por la acción estatal. La competencia perfecta es la única capaz de garantizar, según esta teoría, el equilibrio general y la distribución democrática del ingreso. La inexistencia de esta situación en la realidad llevó a la incorporación de la “competencia imperfecta”, con presencia de monopolios y oligopolios que a través de *markups* provocarían la distorsión en la fijación de precios. El resultado sería el fin de la regulación automática ya que aparecería una creciente articulación voluntaria entre los monopolios u oligopolios. Surge entonces una línea de análisis dentro de la corriente neoclásica que busca analizar las relaciones directas entre los agentes, transformando la competencia en un “juego”. El comportamiento de los capitales y la fijación de precios pasan a ser explicados por la “teoría de juegos” y los nuevos equilibrios dependerán de cómo se participe y con qué reglas.

En definitiva, se contraponen una competencia democrática y eficaz con una regida por monopolios u oligopolios que manipulan los precios. Según las diferentes teorías se buscarán diferentes formas de volver al equilibrio. Para los keynesianos y neokeynesianos, la clave está en la articulación Estado-capital, para resolver las fallas de mercado. En el otro extremo, la escuela austriaca defienden la necesidad de una total prescindencia del Estado, debiendo dejarse la economía librada a su libre juego. El contraste con el planteo desarrollado por Marx resulta evidente. Éste en ningún momento planteó la existencia de una economía dominada por actores que no se influían ni tampoco precios “dados”. Sin embargo, la creciente participación del capital bancario y la fusión de empresas cada vez más grandes comenzaron a transformar la apariencia del mercado. Las tendencias a la concentración y centralización planteadas por Marx se mostraban en toda su dimensión. Incluso en un nivel superior al desarrollado en *El Capital*. De hecho, la aparición de acuerdos entre capitalistas, las fusiones de empresas, más el creciente rol del capital bancario que asociado al industrial aceleraba el crecimiento y la movilidad de los capitales plantearon la necesidad de dar respuesta a estos fenómenos aparentemente no previstos.

Desde la política burguesa, y tomando al liberalismo clásico, surgieron medidas para frenar estas “distorsiones” del mercado. Entre las muchas respuestas, aparecieron intentos de lucha *antitrust*. El hecho más influyente fue la sanción en los EE.UU., en 1890, de la ley Sherman, que intentaba limitar la centralización de capital y los acuerdos de precios. Aunque su eficacia para evitar la centralización de capital (más allá de casos particulares) es dudosa, logró influenciar a políticos e intelectuales de todo el mundo. Influencia que como veremos, alcanzó a la Argentina. En 1919, desde la cámara de diputados, el Partido

Socialista impulsará una comisión de investigación *antitrust* en un intento por garantizar el funcionamiento “democrático” del mercado.⁵

Desde el marxismo, también se analizó la creciente centralización del capital a nivel mundial para comprender las transformaciones políticas a las que se enfrentaba el movimiento revolucionario. Se avanzó en la vinculación entre la aparición de “monopolios” y la creciente internacionalización del capital y la lucha imperialista de los países europeos. Como veremos, surgió de allí toda una caracterización del monopolio en Lafargue, Lenin, Bujarin y Hilferding, aunque la sistematización de una teoría sobre la nueva etapa monopolista llegaría de la mano de dos economistas estadounidenses. Paul Baran y Paul Sweezy (en adelante, ByS) primero en *Teoría del desarrollo capitalista* y luego en *El capital monopolista*. Allí, plantearon que la etapa surgida en las primeras décadas del siglo XX era radicalmente diferente a la etapa descrita por Marx. El fin de la era del libre comercio abría una etapa en la cual los monopolios lentamente comenzaban a regular la producción. A diferencia de la concepción liberal, no se trataba para ellos de un agente externo, sino del fruto de las leyes descritas por Marx. Pero planteaban que la magnitud de la concentración y centralización ya no implicaba cambios cuantitativos, sino que se trataba de un salto cualitativo. Marcaba el fin de la libre competencia en la regulación social. Los capitales podían ahora regular la oferta y la demanda y manejar los precios en forma permanente por encima del valor. Como veremos, incluso la plusvalía dejaría de ocupar el lugar central en la generación de riqueza. Aunque no todos los que sostienen la predominancia del capital monopolista como la característica de la nueva etapa coinciden en todos los aspectos con el planteo de ByS, sí acuerdan en que el cambio fundamental, de la “etapa monopolista”, es la creciente regulación directa de las relaciones sociales. La esencia misma del capitalismo, su especificidad en relación a otros modos de producción, estaría en cuestión.

Frente a esta postura, también encontramos una tradición de economistas marxistas que han discutido las premisas del planteo de ByS. De diversas extracciones y orígenes intelectuales, autores como Roman Rosdolsky, John Weeks, Anwar Shaikh, Fred Moseley, Willi Semmler o Diego Guerrero, entre otros, han discutido la idea del fin de la competencia como la característica fundamental del período.⁶ La correspondencia entre la

⁵Ver el capítulo 3 de Kornblitt, J.: *Crítica del marxismo liberal*, ediciones ryr, en prensa.

⁶En el debate que se desarrolló en diferentes revistas, estos autores fueron etiquetados como los “fundamentalistas”, ya que remitían su postura a los fundamentos de *El Capital* de Marx contra aquellos que aggiornaban la teoría económica con la idea de capital monopolista. Esta tradición ha mantenido viva la idea de competencia aportando trabajos empíricos, en particular en torno a la medición de la tasa de ganancia. Aunque nos apoyamos en sus posiciones para plantear el problema, compartimos con Guido Starosta que la falta de investigación empírica en torno a la dinámica concreta de los capitales los hace perder de vista ciertas especificidades de la forma de la competencia. Starosta remarca que al enfatizar en la igualación de los

teoría del capital monopolista y la economía neoclásica fue destacada originalmente por estos autores. La respuesta no se hizo esperar. El economista sweezyista Howard Sherman intentó una defensa argumentando que el sostener la existencia del predominio de la libre competencia a toda costa era, en realidad, una postura más cercana a los preceptos liberales. Mientras que ellos reflejaban los cambios históricos y abandonaban el dogmatismo.⁷ Sin embargo, como veremos en el análisis de los diferentes autores, además de definir la existencia de un dominio o no de capitales monopólicos, lo que está en juego es la concepción misma de la dinámica social. ¿La diferenciación entre capitales y el dominio de los más grandes son o no son un cambio en la especificidad de la dinámica del capital? A nuestro entender el error proviene de abandonar la caracterización de la competencia clásica donde la diferencia entre capitales era parte de la dinámica. Adoptan en su reemplazo una visión estática, donde la foto instantánea del mercado define si hay o no competencia.

Según plantea el economista español Diego Guerrero, la desviación en la comprensión de la dinámica de la competencia por parte de la tradición sweezyista no es original sino que se remonta a Lenin.⁸ Siguiendo su planteo, empezaremos por los autores clásicos antes de entrar en detalle en la posición de ByS.

IV. El capital monopolista en los clásicos: Lafargue, Hilferding, Bujarin y Lenin

El antecedente Lafargue: una feudalidad capitalista

capitales no ven el rol que juegan los capitales chicos que al valorizarse por debajo de la tasa media de ganancia permiten a los capitales medios obtener una ganancia extraordinaria al comprarles insumos a un precio menor que si los capitales se valorizasen a la tasa media. Este hecho explica la pervivencia de pequeños capitales en muchas ramas (en particular en la textil y en el agro) que estos autores pierden de vista. A esta falencia, le agregamos de nuestra parte una tendencia de los “fundamentalistas” a perder de vista el papel de la renta absoluta y diferencial de la tierra, que juega un rol fundamental en muchos países de desarrollo tardío. Aunque esta omisión no parece afectar sus análisis de los países desarrollados, sí distorsiona la mirada de quienes trasladan los planteos “fundamentalistas” en forma mecánica, por ejemplo, para el estudio de la economía argentina, como veremos ocurre en el caso de Rolando Astarita. Como excepción, podemos destacar al autor iraní Cyrus Bina quien ve la competencia en términos similares a los “fundamentalistas” pero incorpora el análisis de la renta de la tierra para analizar la industria del petróleo. Para la posición de Starosta, ver: Starosta, Guido: “Global Commodity Chains or Global Production of Surplus Value? A critique of the political economy of contemporary forms of global capitalist competition”, ponencia presentada en V Congreso Marx International, París, octubre de 2007. Para la postura de Bina, ver: Bina, C. y Vo, M.: “OPEC in the Epoch of globalization: An event study of global oil prices”, en *Global Economy Journal*, Volumen 7, 2007.

⁷Sherman, Howard: “Monopoly Power and Profit Rates”, en *Review of Radical Political Economics*, Vol. 15, No. 2, 1983, pp. 125-133.

⁸Guerrero, Diego: “La cuestión del monopolio en la tradición marxista (1900-2004) y en Paul Sweezy (II)”, en *Laberinto* n° 18, 2005, pp. 53-77.

Aunque no tuvo mucha repercusión en la posterior tradición marxista, uno de los primeros trabajos en torno al problema del monopolio fue escrito por Paul Lafargue.⁹ Con una extensa información empírica en base a informes e investigaciones sobre los Estados Unidos y la penetración de los *trusts* estadounidenses en Europa, analiza la creciente centralización del capital. En primera instancia, destaca el dominio cada vez más explícito de los burgueses sobre la política a partir del mayor poder concentrado en cada empresa. En segunda instancia, da cuenta de los acuerdos entre empresarios y la fusión creciente entre el capital financiero y el capital industrial que acelera la centralización. Anticipa de esta forma lo que va a ser el corazón de la teoría marxista sobre el capitalismo contemporáneo. La concentración y centralización analizada por Marx llega para Lafargue a su máxima expresión y, aunque ve una continuidad en la extracción de plusvalía a los obreros como única fuente de ganancia, considera que el nivel alcanzado es un indicio de un salto cualitativo en el desarrollo económico. El *trust* implica, para él, el fin de la competencia. Incluso llega a realizar comparaciones con el modo de producción feudal:

La producción mercantil, donde se produce no para consumir sino para vender y obtener un beneficio, atravesó una serie de formas organizativas industriales antes de llegar al sistema de *trust* como dicen los yankees. El *trust*, aunque con 15 años de antigüedad, si aceptamos el *trust* petrolero, evolucionó primero de un simple acuerdo secreto o público entre industriales rivales para trabajar de conjunto y frenar la competencia entre ellos, dio nacimiento a una organización científica y a una monopolización de una o varias industrias a favor de una **feudalidad capitalista**.¹⁰

Se tratarían de corporaciones ya no dominadas por artesanos, sino por financistas, que logran atenuar la anarquía del comercio y la producción gracias al fin de la libre competencia:

(...) vamos a ver a esta competencia, condición de toda producción, de todo comercio y de toda moral capitalista, destruirse ella misma y constituir por su propio juego de centralización capitalista, que termina fatalmente en la organización de la industria en *trusts*, los cuales suprimen la competencia de una manera tan eficaz como la organización corporativa.¹¹

⁹Lafargue, Paul: *Les trusts américains. Leur action économique, sociale et politique*, primera edición Paris, abril de 1903. Versión digital en http://www.marxists.org/francais/lafargue/works/1903/04/trusts_tm.htm

¹⁰La traducción es nuestra al igual que el destacado.

¹¹Lafargue, Paul: op. cit., p. 8

Lafargue cree observar que el capital alcanza una dinámica diferente a la estudiada por Marx y anticipa varios de los tópicos del marxismo contemporáneo, pero a diferencia de muchos otros no propone una salida reformista para llegar al socialismo. Para el autor en cuestión, la mayor centralización del capital implica el aumento de las contradicciones entre burguesía y clase obrera. Al mismo tiempo se expresa una mayor socialización del trabajo. El socialismo es así la única salida, por lo que en su texto se detiene a criticar la idea de que es posible combatir a los *trusts* con la vuelta a una producción regida por el pequeño capital.

El trabajo de Lafargue, pese a su riqueza documental, no influenció en las caracterizaciones de la dinámica del capital del siglo XX, como sí lo hicieron Hilferding, Bujarin y Lenin, en quienes concentraremos la atención.

Hilferding: el monopolio y el capital financiero

Uno de los factores que empezó a destacarse, en particular Rudolph Hilferding, era la supuesta menor movilidad de capital por el aumento del capital fijo como resultado de la mayor composición orgánica de capital. Este autor señala que aunque las finanzas ayuden a que los inversionistas vayan de una rama a otra más rápido, la nueva situación impide una entrada y salida del capital real de las ramas más o menos dinámicas. Esta situación explicaría la aparición de monopolios y la posibilidad de poner barreras a la producción. A partir de allí, Hilferding llega a la conclusión de que la igualación de tasas de ganancia se anula conformándose rentas de monopolio permanentes en las ramas de mayor concentración. La característica de estos *trusts* o *cartels* es que obtienen un aumento de los beneficios por la vía de aumentar los precios. El precio aparece entonces como resultado de la mera voluntad de los capitalistas, como la anulación de la determinación objetiva del valor. Sin embargo, el límite está marcado para Hilferding por la demanda. Pero como éste señala, la demanda está determinada por el capital. Por lo tanto, el precio de monopolio se constituye por sobre la reducción de la tasa de ganancia de los capitales no monopolizados que compran las mercancías vendidos a un precio de *cartel*. Esto ocasiona que en las ramas no monopolizadas se intensifique la competencia y se obstruya el desarrollo creando las condiciones para la entrada del monopolio.¹² En definitiva, la monopolización va avanzando en forma creciente.

El problema de Hilferding, que luego aparecerá en muchos otros autores, es que confunde la desaparición del pequeño capital y su menor tasa de ganancia con la conformación de un

¹²Idem, p. 264

monopolio. Los capitales más concentrados en efecto obtienen plusvalía de los más atrasados, sin embargo esto no implica que tengan pleno dominio de la fijación de precios, ni que se anule la igualación de la tasa de ganancia. Algo que Hilfeding da por sentado a partir de la observación del aumento de la escala de los capitales y de la aparición de ciertos acuerdos entre capitales.

Bujarin: el eje en lo nacional

El libro de Bujarin, *La economía mundial y el imperialismo*, es la base fundamental de la caracterización de Lenin sobre el imperialismo. El eje del análisis de Bujarin es la transformación de la economía nacional y la creciente concentración y centralización de capital que da por resultado la aparición de “economías gigantescas que monopolizan la totalidad de la economía nacional.”¹³ Bujarin a diferencia de los neoclásicos no considera a los *trusts* como “anormales” o “artificiales” ni como resultado de la mediación estatal, sino el resultado normal del desarrollo de las fuerzas productivas. Señala que son los países más desarrollados (Alemania y los EE.UU.) donde se evidencia con mayor claridad esta tendencia.

El cambio fundamental se da, para él, a partir de la consolidación de las sociedades anónimas que permiten la articulación de diferentes capitalistas que dejan de lado sus disputas en pos de un interés común. El control a nivel nacional implica también una creciente fusión con el Estado. Para Bujarin, el resultado es una creciente anulación de la competencia a nivel nacional pero cuya consecuencia es la intensificación de la misma a nivel internacional:

Cada una de las “economías nacionales” desarrolladas, en el sentido capitalista de la palabra, se ha transformado en una especie de *trust* nacional de Estado. De otro lado, el proceso de organización de las partes económicamente avanzadas de la economía mundial se acompaña de una agravación extrema de la competencia mutua.¹⁴

La diferencia sustancial con el planteo realizado por Marx es que aunque no considera al monopolio como una anomalía, la estatización de la economía nacional (o la trustificación del Estado) lleva a que las formas de la competencia sean transformadas en forma sustancial. La política, y no el mercado, pasaría a ser la forma por excelencia del enfrentamiento entre capitales. La guerra y las barreras comerciales ocuparían el centro de

¹³Bujarin, Nicolai: *La economía mundial y el imperialismo*, Cuadernos de Pasado y Presente, 21, 1981.;p. 84

¹⁴Ídem, p. 136

la escena. Esta transformación, se evidenciaría en cómo se fijan los precios. Aunque reconoce que “únicamente los ‘ententes’ internacionales, fundados sobre la base de un monopolio natural demuestran mayor estabilidad”¹⁵, en el análisis de la competencia capitalista plantea que el conjunto de los precios están manipulados por la acción de los monopolios, que logran de esta forma sostener ganancias extraordinarias en forma permanente. En cuanto a los mecanismos que permiten esta nueva dinámica se detiene en el análisis del *dumping*, por el cual las empresas ponen precios internos más altos que le permitan luego vender en el extranjero a “precio vil”.¹⁶

De esta forma, el análisis de Bujarin parte de la imagen del monopolio nacional para concluir una transformación absoluta del mercado mundial. El primer punto a destacar es que más allá del crecimiento de la concentración y centralización de capital, ésta no implica necesariamente un monopolio. La prueba de la creciente financiarización de la economía y la conformación de sociedades anónimas tampoco. Por el contrario, dicho mecanismo ha actuado como una forma de acrecentar la movilidad de capital e intensificar la competencia. La posibilidad de que un mismo capitalista invierta en más de una empresa no implica que en cada una no busque obtener, al menos, la tasa de ganancia media. El capital se ve obligado a desplazar a sus competidores, incluso empresas que son de su misma propiedad. La desvinculación del capitalista con las empresas que posee llega al punto en que, en muchas ocasiones, el accionista no sabe de qué empresa es dueño y sólo busca que su título reditúe una ganancia sin preocuparse si lo hace a costa de otros también suyos. La novedad de las finanzas y las acciones puede haber confundido a un autor de principios de siglo. Lo extraño es que en la actualidad se repitan estos argumentos, con la proliferación de fondos de inversión cuyo único parámetro es la ganancia, con una velocidad de movimiento incomparable con la descrita por Marx.

Pero además, si de hecho se confirmase la existencia de un solo capital a escala nacional, esto no implica que la competencia no siga rigiendo en el mercado global por los mismos mecanismos. El *dumping* no es más que la forma de desplazar a los competidores por la vía de fijar precios más bajos. La venta de mercancías por encima del valor en la economía nacional tiene como límite la capacidad del Estado de proteger la economía nacional y a su vez del resto de los capitales de abastecerse con productos por encima de su valor. Esto no está determinado por una capacidad autónoma del Estado, sino por la propia dinámica de acumulación de la economía nacional sobre la que se basa el Estado. Bujarin, al plantear que la competencia a nivel mundial se da entre países, confunde la necesaria presencia del

¹⁵Ídem, p. 78

¹⁶Ídem, p. 96

Estado en representación de capitales radicados en su territorio, con una acción extraeconómica cuya determinación es el poder en sí mismo o una abstracta fuerza militar que no se sabe de dónde sale. Pierde, así, de vista la particularidad del Estado capitalista cuya fortaleza reside en la competitividad de los capitales que lo componen.

Lenin: imperialismo y monopolio

La postura de Lenin en torno al problema del monopolio genera numerosas controversias. En su polémica con Kautsky y en los debates de la Segunda Internacional deja en claro su total rechazo a la idea de un posible vuelta a un capitalismo regido por el pequeño capital. A su vez, destaca que el enfrentamiento entre las potencias capitalistas no podrá ser evitado. Sin embargo, al considerar al capital monopolista como fundamento de la fase imperialista del capital y plantear el dominio de las finanzas como característica fundamental de la nueva etapa, coloca al plano extraeconómico y político por encima de la acumulación de capital. Veamos en detalle su posición.

El texto *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*¹⁷ es un clásico de la literatura marxista. Aunque escrito como un folleto de divulgación, adquirió el carácter de sustento teórico de los partidos que se reivindican marxistas, en sus diferentes variantes, hasta la actualidad. El análisis de Lenin tiene como sustento fundamental la obra de Hilferding y, sobre todo, el trabajo de Bujarin. Para Lenin la Primera Guerra Mundial no es un hecho aislado sino que expresa la tendencia del capital en su nueva fase. A partir de 1880, señala, termina la fase del librecambio. La concentración de capital producto del desarrollo capitalista lleva al predominio del gran capital que, asociado al bancario, comienza a dominar la vida. Pero la propia competencia que lleva a la concentración empieza a desaparecer a partir de los acuerdos entre capitales. ¿Esto implica que para Lenin ha terminado la competencia?

En términos formales Lenin no la descarta del todo. De hecho gran parte del libro está dedicado a polemizar con la idea de la tendencia hacia el superimperialismo (sostenida, entre otros, por Kautsky), según la cual el crecimiento de las potencias llevaría luego de la etapa de guerra a una situación por la cual una única potencia dominaría al mundo. Esta superpotencia anularía la lucha por el reparto del mundo y garantizaría una paz duradera. Ante esta postura, Lenin señala que el monopolio no lleva a una paz, sino que, por el contrario, acrecienta la disputa, por lo cual el período que se abre es de guerras y

¹⁷Lenin, Vladimir Illich: “El imperialismo, etapa superior del capitalismo”, en Lenin, V.I.: *Obras Completas*, T. XXIII, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1970, pp. 299 a 425.

revoluciones. Con razón, acusa a Kautsky de pacifista y de generar falsas expectativas en la clase obrera. Esta posición de Lenin en torno a la disputa imperialista es interpretada en términos económicos como una concepción donde la competencia y no el capital monopólico es la que rige la sociedad. Y en este sentido no habría una continuidad entre Lenin y las posiciones posteriores de tipo sweezysta. En cierta medida, esta visión tiene un asidero. Veamos en palabras de Lenin, su concepción de la relación entre monopolio y competencia:

Como hemos visto, la base económica más profunda del imperialismo es el monopolio. Se trata de un monopolio capitalista, esto es, que ha nacido del seno del capitalismo y se halla en las condiciones generales del mismo, de la producción de mercancías, de la competencia, en una contradicción constante insoluble con dichas condiciones generales. Pero, no obstante, como todo monopolio, engendra inevitablemente una tendencia al estancamiento y a la descomposición. Puesto que se fijan, aunque sea temporalmente, precios monopolistas, desaparecen hasta cierto punto las causas estimulantes del progreso técnico y, por consiguiente, de todo progreso, de todo movimiento hacia adelante, surgiendo así, además, la posibilidad económica de contener artificialmente el progreso técnico. Ejemplo: en los Estados Unidos, un tal Owens inventó una máquina que produjo una revolución en la fabricación de botellas. El cartel alemán de fabricantes de botellas compró la patente a Owens y la guardó bajo llave, retrasando su aplicación. Naturalmente, bajo el capitalismo, el monopolio no puede nunca eliminar del mercado mundial de un modo completo y por un período muy prolongado la competencia (en esto consiste, dicho sea de paso, una de las causas de lo absurdo de la teoría del ultraimperialismo). Desde luego, la posibilidad de disminuir los gastos de producción y de aumentar los beneficios por medio de la introducción de mejoras técnicas obra en favor de las modificaciones. Pero la tendencia al estancamiento y a la descomposición inherente al monopolio, sigue obrando a su vez, y en ciertas ramas de la industria, en ciertos países, por períodos determinados llega a imponerse.¹⁸

Aunque en Lenin pervive la disputa entre capitales, un análisis en profundidad sobre las características de la dinámica económica descritas por Lenin en *Imperialismo...*, que luego son retomadas en las posteriores discusiones tanto sobre monopolio como sobre el imperialismo, muestran una concepción donde el monopolio transforma los mecanismos básicos de apropiación de riqueza bajo el modo de producción capitalista. La

¹⁸Ídem, p. 397.

determinación de los precios por el valor y la extracción de plusvalía como elemento fundamental de la economía parecen perder terreno, según vemos en el análisis de Lenin:

Traducido al lenguaje común, esto significa: el desarrollo del capitalismo ha llegado a un punto tal, que, aunque la producción de mercancías sigue "reinando" como antes y siendo considerada como la base de toda la economía, en realidad se halla ya quebrantada, y las ganancias principales van a parar a los "genios" de las maquinaciones financieras. En la base de estas maquinaciones y de estos chanchullos se halla la socialización de la producción; pero el inmenso progreso logrado por la humanidad, que ha llegado a dicha socialización, beneficia a los especuladores.¹⁹

Según el planteo de Lenin, los monopolios comienzan a acrecentar su ganancia fruto de la capacidad para aumentar los precios o hacer *dumping* a su arbitrio. Aunque son señalados como mecanismos momentáneos, en el análisis a lo largo del libro, prima una concepción según la cual la extracción de riqueza responde más a un poder político que a la formación de una tasa media de ganancia. Pero justamente lo que caracteriza al capital de otros modos de producción es que la obtención de excedente deja de ser extraeconómica y basada en relaciones personales como ocurría en el feudalismo. Sin embargo, para Lenin, la fase imperialista, aunque producto de la dinámica económica, empieza a desarrollar una extracción directa de excedente por la fuerza militar en las colonias o por la capacidad de los monopolios de subir los precios a su voluntad. A lo largo del texto, la noción de plusvalía no aparece y, cuando se tiene que hacer referencia a la fuente de riqueza, se dice que los monopolios obtendrían superganancias a costa de "toda la sociedad"²⁰. Cuando se refiere a toda la sociedad, Lenin menciona, entre otras fuentes, la baja de salarios. Sin embargo, no se detiene en analizar la explotación en términos de Marx, sino que engloba esta extracción de excedente a los pequeños capitales dominados por los monopolios y al control de las materias primas en forma directa por el control monopólico y militar de las colonias y semicolonias. Este énfasis en la explotación extraeconómica según lo cual las colonias o semi-colonias pagan un tributo a la metrópolis en forma de mercancías agrarias, hace perder de vista la primacía de la relación mercantil en el comercio de materias primas. El resultado es que no tiene en cuenta, en este libro, la renta en favor de los terratenientes portada en el precio de granos y carnes, un flujo de plusvalía que disminuye el excedente extraído en favor de los imperialistas.²¹

¹⁹Ídem, p. 325.

²⁰Lenin, op. cit. p. 352.

²¹Ídem, p.324 y p. 381.

En su postura, aunque con ambigüedades, se abre un camino teórico hacia el abandono de la dinámica económica descrita por Marx. Es cierto que logra percibir con claridad que no se está frente al fin de la disputa entre potencias, como señalaba Kautsky, y que sostiene la pervivencia de la competencia en última instancia. También en discusión con Kautsky plantea que la etapa monopolista no implica la posibilidad de una planificación centralizada y el fin de las crisis:

La supresión de las crisis por los cartels es una fábula de los economistas burgueses, los cuales lo que hacen es embellecer el capitalismo a toda costa. Al revés, el monopolio que se crea en varias ramas de la industria aumenta y agrava el caos propio de todo el sistema de la producción capitalista en su conjunto. La desproporción entre el desarrollo de la agricultura y el de la industria, desproporción que es característica del capitalismo en general, se acentúa aún más. La situación privilegiada en que se halla la industria más cartelizada, la llamada industria pesada, particularmente el hierro y la hulla, determina en las demás ramas de la industria "la falta mayor aún de coordinación sistemática", como lo reconoce Jeidels, autor de uno de los mejores trabajos sobre "las relaciones entre los grandes bancos alemanes y la industria".²²

Sin embargo, no es la tendencia decreciente de la tasa de ganancia la causante de las crisis. Los desequilibrios aparecen en el defasaje entre los sectores más monopolizados y el resto. O entre el agro relegado por el control monopolista de la apropiación de materias primas. Por lo tanto, la conclusión del planteo de Lenin no sea una salida reformista ni mucho menos, y coloca sobre la mesa la necesidad de un enfrentamiento revolucionario a partir de la lucha antiimperialista. Sin embargo el planteo de Lenin en *Imperialismo...* es ambiguo, tanto porque no profundiza en la dinámica económica detrás del fenómeno "imperialismo" como porque no resuelve la contradicción entre la conformación de capitales de mayor escala como resultado de la concentración y centralización y la continuidad de la competencia.

Con todo, Lenin no llega a ilusionarse con una salida pequeño capitalista y es consciente del carácter reaccionario de éste. Cuando analiza la relación entre el capital monopolista y el pequeño capital en los primeros años de la URSS (en el famoso debate sobre los impuestos en especie que se la aplicarían a los pequeños productores capitalistas) Lenin deja muy en claro que el pequeño capital es el principal enemigo e incluso llama a una alianza transicional con los monopolios, para la conformación de lo que él llama el "capitalismo de

²²Ídem, p. 327.

Estado”.²³ Esto demuestra que en su comprensión de la dinámica capitalista no observa ninguna posibilidad y, mucho menos, necesidad de revertir del proceso de concentración y centralización. Algo que como veremos estará presente en mucho de los defensores de la teoría del capital monopolista. En particular, cuando se refieren a los países periféricos, caracterizados como coloniales o semicoloniales, se explica la falta de desarrollo de esos países como producto de la coerción extraeconómica de los monopolios, y por lo tanto se apela a la burguesía nacional como un sujeto de potencial desarrollo.

Aunque no explícito en sus textos, este desvío puede tener cierto asidero en la comprensión general de la dinámica del capital que tiene Lenin, en particular basados en su análisis de los esquemas de reproducción del tomo II de *El Capital*. Para lo cual es interesante repasar la crítica que realizara Roman Rosdolsky.

Rosdolsky señala que Lenin en su debate con los *narodniki* sobre la existencia o no de desarrollo de capitalismo en Rusia, en forma correcta, sostiene que se está viviendo la emergencia y el progresivo dominio de relaciones sociales basadas en la explotación de la fuerza de trabajo. Eso explica la aparición de un potente proletariado industrial, que aunque convive con rémoras de la estructura feudal, está capacitado para impulsar una revolución. Sin embargo, en esta argumentación sobre la posibilidad del desarrollo nacional se ata en demasía a los esquemas de reproducción del Tomo II, sin tomar en cuenta, que se trata de un modelo analítico que se abstrae de determinaciones, como la tendencia al aumento de la composición orgánica del capital, que luego son desarrolladas en el tomo III. Según argumenta Rosdolsky, al hacer esto, Lenin ve la posibilidad del desarrollo del mercado nacional en forma autosostenida, en abstracción del mercado mundial, a partir de la correspondencia entre los sectores uno (bienes de capital) y dos (bienes de consumo). Dice Rosdolsky:

Por consiguiente, si los *narodniki* hablaban de la imposibilidad fundamental de la realización de plusvalor en la economía capitalista, fundamentándola al señalar la carencia de mercados externos para la burguesía rusa, la disminución para el consumo popular y las crisis de sobreproducción inmanentes al capitalismo, sus adversarios marxistas querían demostrar que la realización de plusvalor era posible también sin acudir a los mercados externos e incluso si el consumo popular se mantenía en retraso (...) Y para ello debía bastar el análisis abstracto,

²³ Lenin, Vladimir: “Sobre el impuesto en especie” en Lenin, Vladimir: *Obras escogidas*, Tomo 3, Editorial Progreso, p. 603.

desarrollado en el tomo II de *El Capital*, de las condiciones hipotéticas de equilibrio de la reproducción ampliada en el capitalismo “puro”.²⁴

Sin embargo esta mirada, dice señala Rosdolsky, sólo es válida para un momento incipiente del capitalismo de un país, cuando aún no se ha consolidado el desarrollo industrial.²⁵ Cuando éste avanza la correspondencia entre el sector I y II no se da en forma automática:

Pero más tarde o más temprano habrá concluido la industrialización en sus rasgos fundamentales, y el aparato industrial creado tendrá que producir bienes para el consumo individual. El problema del poder adquisitivo de las masas pasa entonces a ocupar el primer plano.²⁶

Llevado al plano del desarrollo de los países de inserción tardía en el capitalismo, lo que queda planteado, al asumir la correspondencia automática de los sectores I y II, es que existe la posibilidad del desarrollo en abstracción del mercado mundial. Según este análisis, sería posible “vivir con lo nuestro”. Estas premisas permitieron una correcta caracterización de las tareas políticas en la Rusia zarista, al observar que el desarrollo capitalista se estaba dando. Sin embargo, se vuelve inadecuado, para explicar el lugar ocupado en el mercado mundial por los países del Tercer Mundo. El supuesto de que el mercado nacional es suficiente para el desarrollo del capital local se choca con la realidad de que las burguesías de estos países no alcanzan a las de los países centrales. Pero como los esquemas de reproducción (en abstracción de las tendencias expansivas que están presentes en el tomo III) no planteaban límites económicos a este desarrollo, se concluye que la traba debe ser externa. La teoría del capital monopolista cuaja a la perfección como explicación ad-hoc. La falta de competencia sería la que impide este equilibrio del capitalismo puro a nivel nacional.

Las conclusiones lógicas de este planteo son que el capital nacional de los países atrasados ve trabado su evolución no por sus propia incapacidad para competir en el mercado mundial, sino porque la posibilidad de su desarrollo endógeno es cortado por una acción externa. Por lo tanto, la liberación política puede ser considerada un factor que destrabe esta dinámica. Por el contrario, cuando se abandona los esquema de reproducción de Marx (o se los toma como un simple ejercicio analítico) para comprender la dinámica de la

²⁴Rosdolsky, Roman: *Génesis y estructura de El Capital de Marx (estudios sobre los Grundrisse)*, Siglo XXI Editores, México, 2004, p. 520

²⁵Ídem, pp. 523 y 524.

²⁶Ídem, p. 524

economía real, se observa que la acumulación a nivel nacional choca con las fronteras que traban la concentración y centralización necesaria para tener los costos para competir en el mercado internacional. Por lo tanto el éxito o fracaso dependerá de la competitividad de los capitales y no de un abstracto poder extraeconómico. Esto no significa que no haya intervención política de los Estados de los países más potentes en el ámbito nacional de los países periféricos. Sin embargo, esta acción no tendrá como soporte “el poder” sino la fortaleza de sus capitales. Es decir responderá a determinaciones económicas regidas por la competencia.

En definitiva, encontramos en Lenin ambigüedades. Por un lado sostiene la idea de una lucha entre naciones, ataca al pequeño capital, pero por el otro, sostiene que el desarrollo nacional es posible en abstracción del mercado mundial, defiende la idea de que la causa de los males del capitalismo es la anulación de la competencia, el dominio del capital monopolístico y la primacía de lo político sobre lo económico. Aunque no le impidieron una correcta caracterización de las tareas políticas de su etapa, ni en la Revolución Rusa ni en los alineamientos frente a las guerras mundiales, sí dificultan el análisis de la dinámica capitalista actual. Como se observa en el resultado de autores que extremaron sus argumentos. En este sentido, Baran y Sweezy sistematizarán un modelo de funcionamiento del capitalismo a partir de la consolidación del monopolio.

V. El capital monopolista como fin del valor

El antecedente Schumpeter: el eje en la empresa

Diferentes autores han remarcado la similitud entre el planteo de Marx y Schumpeter (Elliott, entre otros²⁷). A diferencia de la economía neoclásica, el planteo evolucionista se centra en la competencia como una dinámica de permanente desarrollo en la cual los más innovadores reemplazan a los más atrasados en la llamada “destrucción creativa”. Dicho proceso implica un permanente aumento de la escala de la producción forzado por la lucha por sobrevivir. Así Schumpeter plantea, en contraste con la idea de agentes infinitesimales de la competencia perfecta neoclásica, la constante ampliación de la firma capitalista. Y a contramano de muchos autores, planteará que dicho proceso, lejos de implicar una distorsión del equilibrio general, y por lo tanto una pérdida de eficiencia y bienestar, tendrá como resultado un mejoramiento de las condiciones de vida. Hecho reflejado en que el

²⁷Elliott, John E.: “Marx and Schumpeter on Capitalism's Creative Destruction: A Comparative Restatement” en *The Quarterly Journal of Economics*, Vol. 95, No. 1 (agosto de 1980), pp. 45-68.

poder adquisitivo del salario crece.²⁸ De esta forma, Schumpeter planteará que el capital más concentrado, lejos de ser una traba al desarrollo a la productividad, es condición necesaria.²⁹ El poder de mercado permitiría la necesaria apropiación de una ganancia extraordinaria como forma de estimular la innovación.

Centrándonos en las formas del mercado, aparece una similitud entre éste planteo y el de Marx. Los dos ven un proceso de permanente aumento de la productividad y el resultado del desplazamiento de los capitales unos por otros. A su vez, los dos plantean una ganancia extraordinaria a favor del capital innovador. Algunos autores han planteado que la diferencia es sólo de apreciación, mientras Marx aborrecía el capitalismo, Schumpeter era favorable. Sin embargo, el problema no es moral, sino científico. El punto de partida de uno y otro es diferente. Schumpeter no reconoce que las mercancías se intercambien por el tiempo necesario de trabajo para reproducirse, y por lo tanto no ve en el aumento de la plusvalía absoluta y relativa el motor del aumento de la productividad. Es cierto que frente a los neoclásicos tiene una imagen más cercana a la historia de cómo se desarrolla la competencia. Pero al igual que éstos, su punto de partida es el mercado. Así cuando debe explicar la fuente de la ganancia extraordinaria que obtienen los monopolios no puede verlo como resultado de un proceso de transferencia de valor, sino retomando la teoría de la competencia imperfecta, la ganancia extraordinaria es un precio que deben pagar los consumidores. La pregunta que surge es dónde sale esa capacidad de pago, y, además, qué pasa cuando el propio capitalista que no tiene ganancia extraordinaria debe pagar una mercancía producida por un monopolio. Como remarca Iñigo Carrera, de ser efectiva la permanente ganancia extraordinaria de los monopolios los capitales normales deberían estar siempre por debajo de la tasa media de ganancia y no podrían reproducirse como tales.³⁰

Schumpeter se abstrae de la explotación como marco de posibilidad y necesidad del aumento de la innovación. Así su explicación radica en una mirada centrada en el empresario como sujeto central de la sociedad. La innovación no tiene más límite que el propio desarrollo de la ciencia o a lo sumo un límite de escala en el capital y en su poder. Todo pasa por la capacidad del empresario individual. Una crítica a esta mirada por estar demasiado centrada en el empresario fue realizada por uno de los continuadores de su tradición. Como solución, se propuso incorporar el contexto en cual la empresa se

²⁸Schumpeter, Joseph, A. "La dinámica de la competencia y el monopolio". Extracto de *Capitalism, socialism and Democracy*, 1947 en Hunter, Alex: *Monopolio y competencia. Textos escogidos*, Editorial Tecnos, Madrid, 1974.

²⁹Años antes, en *The Theory of Economic Development* (1912) Schumpeter había planteado lo contrario.

³⁰Iñigo Carrera, Juan: *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2007.

desarrolla. En particular las instituciones dedicadas a estimular la innovación, y entre ellas el accionar del Estado³¹. Aunque no es este el lugar para criticar a esta posición, entendemos que la introducción del Estado y las instituciones se ha realizado en forma analítica es decir de manera exterior a la acumulación de capital y por lo tanto, aunque mejora el estudio centrado sólo en el empresa, no puede ordenar las determinaciones que explican su accionar en forma acabada.

Schumpeter aparece como el nexo entre la teoría clásica de la competencia y la escuela del capital monopolista. Aunque éstas se diferencian en aspectos fundamentales, en particular en que los marxistas monopolistas consideran que el monopolio perdió el estímulo innovador, las dos coinciden en centrar en el capital individual y en las capacidades y voluntad del empresario el eje de la dinámica del capital. En ambos el poder de mercado otorga una capacidad de acción autónoma. Y en los dos desaparece la explotación y la apropiación de plusvalía reemplazada por rentas monopólicas y disputas por el “excedente” cuya sustancia aparece indeterminada. En ese sentido, pierden de vista que la determinación de la acción del capital individual está regida por la formación de la tasa media de ganancia y que por lo tanto los empresario están determinados en su accionar por fuera de su voluntad.

Baran y Sweezy, el fin de la teoría del valor

Baran y Sweezy plantean la necesidad de abandonar la teoría económica clásica, incluyendo a Marx, porque estos partían de la existencia de una libre competencia. Aunque Marx pudo ver una tendencia a la creciente concentración y centralización de capital, su análisis siempre partió de la premisa de que la competencia estaría regida por la reducción de los costos. En cambio, ByS, aunque no afirman que en la etapa actual del capitalismo haya una concentración absoluta del capital, plantean que el grado de predominio de las grandes corporaciones lleva a que la lucha entre capitales ya no sea a través de la baja de los precios.³² A diferencia de Marx, que partía de la mercancía como unidad básica de la economía para avanzar en las diferentes determinaciones, ByS parten de la empresa y de su organización. Dejan incluso de lado el proceso de producción de la mercancía (al cual sólo consideran importante en tanto terreno de la lucha de clases) y se concentran en el reparto de la riqueza, en la circulación.

³¹Nelson, R. y S. Winter: "Evolutionary Theorizing in Economics," *Journal of Economic Perspectives*, Vol. 16(2), 2002, pp. 23-46.

³²ByS reconocen la existencia de capitales más pequeños pero les atribuyen poca importancia en la dinámica general ya que no tienen capacidad de influir en los precios. Su utilidad histórica estaría dada por ser banco de prueba de innovaciones tecnológicas previo a su adopción por los monopolios.

Al dejar de lado el estudio del proceso productivo, los autores en cuestión pierden de vista el proceso de valorización y el origen de la ganancia. Reemplazan así el concepto de plusvalía por el de “excedente”. Operación realizada con mucha superficialidad mediante una rápida explicación en una nota al pie³³, pero que tiene una importancia fundamental en su análisis. El excedente es definido como la resta del total de la producción menos los costos de producción, meramente como una operación contable, sin definir de dónde viene esa riqueza. El excedente aparece así desmaterializado, ya que, como veremos, al no haber un límite al alza de precios puede extenderse en forma creciente y sólo está limitado por la capacidad de compra del mercado.

En cuanto a la dinámica de los monopolios, lo primero que hacen es analizar la estructura de mando. Allí discuten la idea de una cierta burocratización y pérdida de iniciativa. Remarcan que aunque hay un cambio organizativo este no implica una menor búsqueda de ganancias. Por el contrario, afirman que la gran empresa tiene una estructura más racional que el capitalista individual en torno a buscar la maximización de los recursos.

El cambio fundamental que observan es el creciente respeto mutuo entre las grandes empresas y el fin de la competencia criminal que caracterizaba al predominio de los industriales.³⁴ Estas relaciones cordiales no se dan por el fin del mercado y la llegada de una planificación. ByS sostienen que aún el mercado es la forma mediante la cual se relacionan las empresas. Por lo tanto, sigue siendo fundamental el análisis de los precios para analizar esta relación “armónica”.

a) Los precios

El problema de la transformación de valores en precios de producción es fundamental en los debates sobre el marxismo. Sin embargo, ByS al abandonar el concepto de plusvalía en una cita al pie, abandonan, por supuesto, la noción de valor y todas sus consecuencias. Para ellos, la clave pasa porque la baja de precios que regía la etapa de libre competencia ya no es más rentable para los capitales. Esto, señalan, no se daría por una decisión conciente, sino por la experiencia. Bajar el precio puede permitir, dicen, destruir al competidor y tomar una mayor porción de mercado. Pero la experiencia traumática no rinde sus frutos a largo plazo. Es más redituable, en cambio, competir por un mayor espacio en el mercado sin afectar la rentabilidad mediante una baja de precios. Esto implica una creciente suba de

³³Baran, P. y Sweezy, P.: op. cit., p. 13, nota 6

³⁴Ídem, p. 45.

precios. A partir de entonces, la competencia se da a través de publicidad, estrategias de mercado, generación de nuevos productos, etc.

De esta dinámica descartan a ciertos sectores de la industria como son los monopolios naturales de servicios y petróleo. Esto ocurre porque el Estado como garante de los intereses comunes de la burguesía, limita la suba de precios en sectores claves que afecten al conjunto e incluso actúa rompiendo monopolios.

b. Suba de excedentes y baja de costos

Aunque no se busca bajar los precios, la dinámica del capital monopolista implica una búsqueda por abaratar costos. El objetivo, y el resultado, es obtener un aumento en los excedentes y así, por lo tanto, en las ganancias. Como vimos, esta búsqueda no estaría obligada por la competencia sino que sería fruto de la mentalidad capitalista y del afán de lucro de los accionistas y los gerentes. Para lograrlo, buscan un desarrollo técnico que abarate los costos de producción. Con lo cual se explica que los monopolios inviertan en tecnología. Sin embargo, el ritmo de cambio es menor que el guiado por la competencia descrita por los economistas clásicos.³⁵ La conclusión lógica de este planteo y que ellos hacen explícitamente, es que quedaría refutada la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Discuten contra quienes defienden esta concepción en sus dos vertientes. A aquellos que plantean la caída por el aumento de la composición orgánica de capital, le responden que al no haber transformación de valores en precio no se reduce la tasa de ganancia. Y a quienes ven la causa en el estrangulamiento salarial, les dicen que a cualquier suba de éstos, se responde sin problema con un alza de precios.

c. Estancamiento y fuerzas contrarrestantes

El capital monopolista se caracteriza, entonces, para ByS por la tendencia creciente de los excedentes. Sin embargo, esto no se traduciría en una tendencia ilimitada del capital. Por el contrario, a partir de la propia dinámica de la competencia observan que los monopolios no pueden absorberlo por completo. La inversión es rentable hasta cierto punto ya que el mercado (es decir la demanda) marca un límite a la expansión del capital. En este sentido, al eliminar la teoría del valor, la explicación del mercado aparece como externa a la producción y su incapacidad para absorber excedente no aparece ligada a la dinámica del

³⁵Aquí Baran y Sweezy señalan que al no desarrollar las fuerzas productivas y bajar los precios, el capital monopolista no favorece al bien común. Con lo cual afirman, por omisión, que si se cumpliera la competencia por precios, el capitalismo tendría la capacidad de expresar un bien general.

capital. Esta no absorción del excedente creciente lleva a un estancamiento. Que sin embargo es frenado por fuerzas contrarias de gasto no productivo e irracional en términos del bien común. La publicidad, en parte la investigación, pero principalmente el presupuesto estatal en estructura militar compensan el estancamiento del consumo y llevan a que el capital no caiga. Pero salvo en ciertos momentos (como las guerras, donde aumenta el consumo) esas fuerzas contrarrestantes no le permite una fuerte expansión, sino un letargo permanente. Y, a su vez, establecen una vinculación inmediata entre poder política y los monopolios.

d. Tipos ideales y un giro hacia el liberalismo

Los mismos autores parten de que su planteo es fruto de un modelo y no de un desarrollo histórico³⁶, por lo tanto, aunque hay un capítulo histórico, éste no aporta cambios en la síntesis desarrollada. El eje fundamental del análisis es que los precios no constituyen más el mecanismo de competencia entre capitales. Por monopolio no entienden control total de una rama, sino más bien oligopolio. Sin embargo, aunque los precios son la clave fundamental del planteo de ByS, no aportan ninguna estadística de precios para confirmar la suba tendencial de los precios. Sólo se guían por algunas declaraciones de estudiosos de empresas.

Tampoco hacen referencia a la existencia de una renta de monopolio, concepto que puede existir en caso de un monopolio real, ya que éste presupone una diferencia con los precios de producción, como ocurre en el agro o el petróleo.

Estas debilidades empíricas son muy groseras, y más aún el hecho de que no retomen los debates sobre estos puntos. Aún más grosero es el abandono de la ley del valor y del concepto de plusvalía que como señalamos está hecho en una cita al pie. Sin embargo, han logrado edificar una línea en torno a su análisis e influido directa o indirectamente a gran parte de la izquierda mundial.

Mandel: el intento por conciliar lo inconciliable

Otra explicación en torno a los cambios en la tasa de ganancia a partir del dominio del capital monopolista es la de Mandel. En base a una comprensión de la competencia más acabada, ve la existencia de una igualación de la tasa de ganancia entre los monopolistas.

³⁶ByS señalan en forma explícita al tipo ideal weberiano como inspiración teórica del modelo de capital monopolista.. ByS, Op. cit., p17.

Pero considera que al darse entre ellos, es un movimiento interno de la renta monopólica. Podemos ver que existen dos realidades detrás de lo que Mandel considera renta. Por un lado está la renta absoluta y diferencial que tienen ciertas ramas de la producción basadas en recursos naturales como la tierra, la minería o el petróleo, y por el otro la llamada “renta de cartel”. Veamos el primer problema. Los bienes naturales no reproducibles efectivamente pueden ser monopolizados. Por lo tanto, el propietario puede cobrar un alquiler que crecerá a si las condiciones de dicha porción de la tierra son mejores en relación a otras. Esta masa de riqueza no es generada por la naturaleza, y no es una retribución a un “factor”, como señalan los neoclásicos. Se trata, por el contrario, de una extracción a la plusvalía de otros capitales, que a su vez la obtienen de la explotación. Gran parte de las mercancías con precios por encima del costo de producción usadas por Mandel como ejemplo (estaño, tungsteno, petróleo, entre otros) responden a este tipo de renta, que no es característica de la llamada “etapa monopolista” sino que, como estudiaron Marx (y, antes Ricardo) se desarrolló en plenitud durante la “etapa librecambista”. De hecho, la característica de la renta de origen “natural” es la existencia de una renta diferencial que existe justamente por la competencia entre los diferentes capitalistas por el uso de las mejores tierras.

Pero si dejamos de lado esta renta de la tierra en sus diferentes formas y nos enfocamos en la llamada “renta de cartel” podemos ver que en realidad estamos ante un falso problema, que en cierta medida ya aparecía en Hilferding. Las ramas con mayor concentración y centralización de capital efectivamente pueden obtener una ganancia mayor que las ramas más atrasadas. Esto no constituye ninguna novedad. El problema aparece cuando se quiere mostrar que la ganancia media es la que corresponde a los capitales más atrasados y la ganancia que obtienen los capitales grandes es la anormal o extraordinaria. Y para él esta ganancia extraordinaria no participa de la igualación de la tasa de ganancia.³⁷ Por el contrario, a medida que aumenta la centralización y concentración de capital se eleva el piso de la tasa de ganancia media. Por lo que muchos capitales que antes se encontraban en la línea media pasan a convertirse en pequeños o medianos capitales. Aun cuando tengan cientos de empleados y millones de dólares en sus cuentas. Ya que el tipo de capital no se mide en términos absolutos sino en relación a su capacidad de alcanzar la tasa media de ganancia. Por lo tanto, aquellos capitales que obtienen una tasa mayor no están por fuera de la dinámica de la tasa media, sino que por el contrario son ellos lo que la forman y obligan al resto de los capitales a seguirles el ritmo. Mandel, diferenciándose de Sweezy en cierta medida, ve este proceso cuando señala que al interior de los sectores monopólicos

³⁷Mandel, Ernest: *Tratado de economía marxista*, 2 vol., Era, México, 1974, p. 38.

existe una perecuación o igualación de renta de cartel. Pero no puede considerarlo como una igualación de la tasa de ganancia porque parte de una visión distorsionada de la dinámica de los precios y de la competencia por la cual esa masa de riqueza se le presenta como renta de monopolio.

VII. Volver a las fuentes. Del análisis del mercado, al análisis de la producción

Los fenómenos sobre los cuáles se basa la teoría del capital monopolista distan de ser contundentes. No se trata de negar que exista un proceso de concentración y centralización de capital, sino que éste implique una dinámica diferente del capital. El concepto de “competencia perfecta” no podía comprobarse. Por lo tanto se apeló a la idea de que existían fuerzas externas que impedían el equilibrio y generaban una “competencia imperfecta”. Gran parte de los teóricos que adscribieron a esta teoría coincidieron con la perspectiva keynesiana. Los keynesianos, sin salirse de los marcos del capitalismo, buscaban un mecanismo de regulación que no se limitase al mercado. La idea de competencia imperfecta por lo tanto justificaba políticas económicas que buscaban provocar el equilibrio y el bienestar que el juego de la oferta y la demanda por sí mismo, supuestamente, ya no producía. Así nace la teoría del monopolio y de la competencia imperfecta. Se trata de una problemática que está centrada en el análisis del mercado: El problema metodológico, como señalamos, es que se considera a la circulación como determinada por sí misma, obviando que es la forma en la cual se realiza la producción, y que por lo tanto, ésta prima por sobre aquella.

Más allá de las diferencias en la definición, la clave del concepto de capital monopolista reside en que, por su propia dinámica, el capital se ha transformado y en parte ha dejado de ser el mismo. Una coincidencia fundamental entre Lafargue, Hilferding, Bujarin, Lenin, y Baran y Sweezy es que ya no hay una búsqueda por la baja de precios. La implicancia de esta premisa lleva a analizar ya no cómo se producen las mercancías, sino a mirar quién y cómo se controla al mercado, tanto en las ventas como en la posibilidad de acceder a producir diferentes mercancías. Esta teoría coloca en la voluntad de los capitalistas un eje fundamental. Ellos deciden si suben o bajan los precios o si otras empresas pueden o no entrar a competir. Incluso, qué países se desarrollan y cuáles no. Un control que parece asociado más a una fuerza política que a las leyes descritas por Marx en *El Capital*. Lafargue es quien asume con mayor consecuencia las conclusiones de su planteo: el nuevo capitalismo se asemeja cada vez más al feudalismo, aunque ya no controlado por gremios medievales de artesanos sino por los financistas. Porque efectivamente, si se cuestiona que

los precios sean la variable clave en la competencia, la ley del valor es lo que está en cuestión. Y si la ley de valor está en cuestión, son las características fundamentales del capitalismo lo que se juega en este análisis.

Este desafío no debe asustar a un investigador. Pero sí es importante dejar en claro la discusión. Porque muchos han intentado conciliar lo irreconciliable. ¿Es posible un capitalismo regido por la ley del valor en donde los precios estén limitados por una oferta y demanda autónoma o por el costo marginal de los monopolios? ¿Tiene sentido hablar de una tendencia decreciente de la tasa de ganancia si la ganancia es siempre fijada, en forma autónoma, por los monopolios por encima de la media? Por otra parte, si los precios están por encima de los valores en forma sistemática y se rompe el intercambio de equivalentes, ¿tiene sentido hablar de plusvalía? Algunos autores lo han asumido como ByS y han reemplazado la noción de valor por un laxo concepto de “excedente”. Otros han elaborado teorías en torno a la valorización financiera y a una dinámica del capitalismo escindida de la producción. Pero algunos insisten en conciliar el capital monopolista con las leyes esbozadas por Marx.

Para superar este problema no es cuestión de negar la existencia de monopolios, ni dejar de analizar el grado de concentración y centralización de capital cada vez mayor. El primer paso es verificar si en efecto existen las características que definirían al capital monopolista. Si existe un fenómeno de fijación de precios por encima de su valor a largo plazo. El problema temporal cobra aquí mayor relevancia. En los estudios mencionados, aparecen diferentes ejemplos de control de precios puntuales. Acuerdos entre empresas que permiten una ganancia extraordinaria. Pero el problema no es si esto es factible en el corto plazo, sino la tendencia general en el largo plazo. ¿Qué ramas de la producción logran sostener precios por encima del precio de producción? Si uno analiza los precios de la mayoría de los bienes tanto de uso como de capital se puede observar una tendencia al abaratamiento permanente. El costo de una computadora, el costo de un auto o el costo de una impresora bajan sin cesar. Por otra parte, pese a los intentos de control absoluto de ciertas ramas, en la mayoría encontramos competencia. De hecho, los mismos autores reseñados lo reconocen. La debilidad del argumento de la suba de precios en forma permanente por encima de su valor radica en su falta de base empírica³⁸. Más allá de ejemplos aislados, no hay series de tiempo ni para productos particulares ni generales que lo demuestren. Se trata entonces de una premisa teórica más que de un fenómeno real. Teoría con muchos puntos de contacto con la concepción liberal: la supuesta existencia de

³⁸En cambio, los autores de la corriente opuesta han realizado intentos por demostrar en términos empíricos la determinación de los precios por el valor. En particular se destacan los esfuerzos del economista paquistaní, Anwar Shaikh. Ver: Shaikh, A.: op. cit.

una competencia perfecta en la etapa librecambista y una imperfecta en la actualidad. El monopolio viene a ser, para los autores neoclásicos, una explicación externa que ocasiona los desequilibrios del mercado al ser fijadores de precio anulando la acción de la oferta y demanda. Los “monopolistas marxistas” aunque no consideran al monopolio como una acción externa, sino fruto de la concentración y centralización, coinciden en que el monopolio tiene capacidad de fijar precios por encima de lo que distorsionaría la competencia. El problema surge en la diferenciación entre competencia perfecta e imperfecta. El grado de concentración de capital no anula la competencia en el largo plazo. El hecho de que todavía siga habiendo fusiones muestra hasta qué punto no se ha llegado a una centralización del capital que anule la disputa entre capitales. El punto está en cómo generan riquezas esas grandes corporaciones. La oferta y la demanda marcan un límite a la formación de precios. Pero no lo hacen en forma autónoma, sino como expresión de la competencia de los capitales. Si un capitalista logra vender sus mercancías por encima de su valor y obtener una ganancia extraordinaria, lo hace a costa de otros capitales que no llegan a esa media. El efecto inmediato es que los capitales que acumulan por debajo de la tasa media de ganancia no pueden reproducirse. Pero por otro lado, los capitales que ven que en esa rama existe una ganancia superior se pasan de rama y aumentan la producción generando un exceso de oferta que lleva a la reducción de los precios. Esta movilidad de la oferta y demanda es el mecanismo por el cual se expresa el valor de las mercancías.³⁹ Es a la vez el mecanismo que fija una tasa de ganancia media.

La premisa de la no baja de precios como mecanismo de la competencia es la que marca el punto de partida al resto de las características del capital monopólico: estancamiento en el aumento de la productividad y la fijación de una estratificación de tasas de ganancia. Como vimos, el planteo del freno a la tecnología está sostenido, al igual que en el caso de la fijación de la no baja de precios, en base a ejemplos aislados y recortados en el tiempo. No hay una reconstrucción histórica. Los ejemplos utilizados por estos autores refieren a la no introducción de tecnologías disponibles que llevarían al abaratamiento de costos. Sweezy se refiere al freno de la introducción de los tubos de luz porque su costo permitía ahorrar energía en relación a las lamparitas. El problema nuevamente reside en un análisis no histórico de las transformaciones en cada una de las ramas de producción. Pueden existir ciertos períodos en los cuáles la tecnología no se incorpore, en particular en etapas de crisis, sin embargo si analizamos la evolución del proceso de producción en diferentes ramas es dónde vamos a ver o no la incorporación de maquinaria. El debate nuevamente se estanca cuando se discurre por caminos especulativos. Por lo tanto, queda como tarea el

³⁹Ver Rosdolsky, R, op. cit.

desarrollar un análisis de la competencia capitalista en términos reales sin modelos típicos ideales sino siguiendo el método de Marx.⁴⁰

⁴⁰ En *Crítica del marxismo liberal* hacemos un primer paso en ese sentido con el estudio de la acumulación de capital y la competencia en dos ramas de la producción argentina a principios de Siglo XX (molinería) y a desde 1950 hasta la actualidad (tubos de acero sin costura).